

Una tarde de esas, se encontraba Amira entregada á sus habituales delirios, cuando de improviso se estremeció con el estremecimiento de la horminella al contacto de las alas del colibrí.

A diez pasos se hallaba un manebro que la contemplaba en actitud de silenciosa veneración: era Delio, que habló de esta manera.

DELIO.—Perdona, Amira, si interrumpo quizá los felices pensamientos á que tal vez te entregabas en estos instantes; pero está la tarde tan bella y sentía tal deseo de respirar el ambiente del jardín, que bajé aquí, aunque no sospeché que tú también estuvieses.

AMIRA.—Nunca eres importuno, Delio; pero yo pensé que no ignorarías que visito estos sitios con frecuencia.

Soy amiga de los parajes solitarios porque en ellos me encuentro mas feliz y puedo contemplar las imágenes que bullen en mi mente, sin que mis ideas sean interrumpidas por otras voces que el canto armonioso de los jilgueros y el parlotear de las hojas que se mecen sobre mi cabeza.

—Susurran hojas de la selva porque la virgen sueña.

DELIO.—Ah! en ese caso me retiro, pues no querría ser un obstáculo á tus pensamientos.

AMIRA.—De ningún modo; ¿tú sabes si acaso acariciaba en mi mente halagüeños recuerdos de amigos que apreciamos?

DELIO.—No tal, porque jamás supe leer en el rostro los secretos pensamientos; pero si debo hablarte con sinceridad, yo también pensaba en la simpatía de personas que me son queridas: pensaba en tí, Amira.

Pensaba en que pronto dejaré de ver estos sitios para mí tan llenos de dulces recuerdos; pensaba en que ya no respiraré la fragancia de estas flores, ni veré traspasar el sol la cima de estas montañas; pensaba en que ya no escucharé una voz á cuyo oído palpita de emoción mi pecho, ni miraré unos ojos lánguidos que velarán las brumas de la separación, ni estrecharé en mis manos unas manos virginales.

¡Sí! pensaba en tí, Amira idolatrada! Y sufría al pensar que mi recuerdo desaparecería de tu memoria como desaparece la espuma de la ola que muere en la playa!

AMIRA.—Oh! calla, por Dios, Delio, si no quieres que yo muera de dolor.

—Callad, hojas de la selva, porque la virgen llora.

DELIO.—¿No te es indiferente mi pena? ¿tú también sufrirías si el amigo se alejase? ¿Quizá un suspiro se escaparía de

tu pecho, quizá una lágrima silenciosa rodaría por tus mejillas...?

Pero... no, ángel mio, yo no quiero que tú sufras. Deseo que en la senda de tu vida solo encuentres rosas, que yo... hollaré las espinas.

Porque eres buena, buena como son las almas que habitan en el seno de Dios; eres pura como la gota de rocío que se condensa en el cáliz de la flor; sencilla, inocente, como la sonrisa del niño que duerme en el regazo materno; espiritual, vaporosa, como una visión que llega agitando sus alas blandamente y me habla cuando estoy triste en las altas horas de la noche. Sí! porque tú eres un ángel y los ángeles sólo existen para Dios.

Mas no sé qué fuerza secreta me impele á seguirte.

Brilla la luna, y en el frío reflejo de sus rayos creo mirar la luz suave que irradia tu frente blanca y serena.

Veo en las mañanas cómo luce el alba y cómo la aurora colora las montañas del valle, y el alba y la aurora me parecen sonreír con la sonrisa de tus labios trayéndome entre sus ondas de luz, los últimos pensamientos de tu alma arrullados al calor del último matinal sueño!

Do quiera; en el rumor de la fuente, en el canto del ave, en el misterio de la noche, en la naturaleza entera, creo percibir el remedo de tu voz que llena y rodea mi alma, como Dios rodea y llena el Universo!

Si esto es amor, dijo Delio tomando una de las manos de Amira, entonces yo te amo; te amo con toda mi alma, repitió... y las azucenas temblaron.

¿Y tú? dijo fijando sus ojos en los de Amira que brillaban húmedos con los últimos resplandores de la tarde.

Amira no respondió. Brotó tan sólo una lágrima de sus ojos y desprendió de su seno un ramo de *no me olvides* que ofreció á Delio.

Después... las clemátides cerraron sus broches, y los astros brillaron en las profundidades azules!

## II

Había pasado la estación de las rosas y las hojas de las lobelias caían arrancadas por el viento del otoño.

La llanura y el bosque estaban silen-

ciosos y no se escuchaba el arrullo de las alondras.

Allá en el interior de la morada de Amira, en un oratorio, al pié del ara, vestida de blanco ropaje, suelta la cabellera, con las manos sobre el dolorido seno se encontraba la virgen del bosque: era ella.

El fulgor de sus ojos tenía un brillo extraño; su casto seno se levantaba y abatía dejando escapar amargos sollozos; sus labios se movían pronunciando frases entrecortadas que revelaban la agitación de su espíritu, y elevando los ojos á la imagen que tenía delante exclamó:

—Madre! Tú que das á los campos la alegría, el rocío á las flores, las alboradas á la mañana, el consuelo á los tristes, el valor á los que flaquean, oye á tu hija desventurada que gime en la soledad que la rodea.

Madre! Yo no sé si te ofendo al pedirte que me restituyas el bien que he perdido. Juró amarme eternamente y olvidó sus juramentos.

Partió, y desde entonces, el sueño huyó de mis párpados. Parece escucharme aún las tiernas protestas que brotaban amorosas de sus labios. Y lo busco y tan sólo mis gemidos y mi llanto responden al reclamo de mi alma.

Sola y sin ventura, ¡ay de mí!

¿Por qué escuché sus palabras falaces, por qué creí en un instante de arrobamiento que sería verdad la existencia de ese mundo que él me pintaba con los más bellos colores? ¿Por qué le veía en mis sueños por qué ocupaba todos los instantes de mi vida; por qué rogaba á Dios conservase su existencia, más que suya, vida de mi vida; por qué lo amaba tanto y por qué lo amo aún? ¡Oh, Madre mia!

Dame á mi Delio ó apresura los días de una existencia, que sin su amor languidece y se marchita, como se marchitan los lirios del valle.

Calló el bosque y las brisas repetían aún: *Te amo.—No me olvides.*

MANUEL B. JUAR

Ayer cuando á la aurora las tiernas avecillas,  
Tu gracia y tu pureza gozabanse en cantar,  
Sonriendo te inclinabas del lago en las orillas,  
Mirando á sus cristales tus ojos retratar.

Hoy que en la tarde triste no hay ave que te cante,  
Que admire tu belleza, que alabe tu candor,  
Ocultas en tus manos tu pálido semblante,  
Del lago huyes ligera temblando con horror.

MANUEL DE LA SIERRA.